

Copyright © Prælatūra Sanctæ Crucis et Operis Dei
Reimpressio 2015
(*Pro manuscripto*)
(Prohibida toda divulgación pública, total o parcial,
sin autorización expresa del titular del copyright)

1 Queridísimos: que Jesús me guarde a mis hijas y a mis hijos. Hace apenas tres meses que os escribía una carta en donde os hablaba de la situación actual de la Iglesia, sintiendo la responsabilidad que el Señor ha puesto sobre mis hombros de confirmaros en la fe, *de manera que nada os falte de gracia ninguna, a vosotros que estáis esperando la manifestación de Jesucristo nuestro Señor (I Cor. I, 7).*

La próxima ordenación sacerdotal de un buen grupo de hijos míos, me mueve a dirigirme nuevamente a vosotros, recordando aquello que San Pablo escribía a los filipenses: *a mí no me es molesto el escribiros las mismas cosas, y para vosotros es necesario (Philip. III, 1)*, porque el diablo no se toma vacaciones y sus insidias son continuas.

2 Como consigna espiritual para este año, os señalaré aquellas palabras de una oración litúrgica: *ut in gratiarum semper actione maneamus!* Y tengo que decir, también con San Pablo, que *sin cesar*

damos gracias a Dios..., haciendo continuamente memoria de vosotros en nuestras oraciones, acordándonos delante de Dios y Padre nuestro de las obras de vuestra fe, de los trabajos, de vuestra caridad, y de la firmeza de vuestra esperanza en nuestro Señor Jesucristo (I Thes. I, 1-2).

Las noticias que me llegan de vosotros son —de ordinario— constante motivo de consuelo, en estos momentos de oscuridad universal, en los que un cristiano no puede menos que sufrir: estos sinsabores dejan paso en mi alma a la alegría más honda, cuando os veo entregados, llenos de sentido sobrenatural, piadosos, y eficazmente apostólicos.

- 3 Mientras tengamos fe y queramos luchar, seremos victoriosos en esas peleas diarias de la vida interior, en medio de las dificultades que necesariamente comporta el cumplimiento del mandato apostólico, que hemos recibido de Jesucristo. Sabéis, como yo, que lo que más cuesta es vencer la vanidad y la soberbia: porque el orgullo ciega, y es como fuente malsana, de donde proceden todas nuestras miserias. Luego es especialmente ahí donde debemos vigilar.

Para eso, hay que aumentar la visión sobrenatural, que quiere decir —sobre todo— vivir continuamente con los ojos puestos en la eternidad a la que nos encaminamos, sin dejarnos deslum-

brar por los espejuelos de lo temporal. El Señor nos lo anunció bien claramente: *si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y cargue con su cruz y sígame. Pues quien quisiere salvar su vida, la perderá; mas quien perdiere su vida por amor de mí, la encontrará. Porque ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma? (Matth. XVI, 24-26).*

No contempléis nada, hijas e hijos queridísimos, sólo con ojos humanos. No miréis con la nariz pegada al muro, porque entonces no veríais más que un poco de tierra: *quae sursum sunt quaerite... Saboread las cosas del Cielo, no las de la tierra (Colos. III, 1-2).* Alzad la cabeza y descubriréis el cielo, que os espera para toda la eternidad.

- 4 Fe y vida de fe. Para que nuestra existencia sea en todo momento la de un hijo de Dios, nuestra fe ha de ser segura, firme, clara. Hablo para sacerdotes y para seglares: para todos. Sólo con esa fortaleza en la fe nos salvaremos nosotros, y contribuiremos a la salud eterna de muchísimas almas.

Ciertamente la fe es un don de Dios, un regalo gratuito e inmerecido. Desde el momento del Bautismo, el Espíritu Santo actúa en nuestra alma, disponiéndonos —cuando la razón comienza a despertarse— para aceptar rendidamente las

verdades de la doctrina católica. Pero todos podemos poner obstáculos, y también ponérselos a los demás. Por eso, la gracia que Dios nos da con tanta abundancia, nos confiere a la vez una gran responsabilidad: más en estos momentos, en los que la deslealtad parece prevalecer en muchos sitios.

5 Agradeced a Jesús Sacramentado la fe que ha depositado en nuestra alma. Repetidle insistentemente, con afán de desagravio, que creemos en su Presencia real en la Hostia Santa, donde sabemos que se encuentra oculto bajo las especies sacramentales: con su Cuerpo, con su Sangre, con su Alma, con su Divinidad.

Demos gracias a Jesucristo, por esa renovación incruenta del Sacrificio del Calvario que se realiza continuamente en la Santa Misa. Demos gracias también a la Trinidad Beatísima, que ha decretado que el Hijo de Dios se encarnara en el seno purísimo de Santa María, nuestra Madre, para redimirnos del pecado y abrirnos de par en par las puertas de la Gloria.

Haced con amor vuestras genuflexiones ante el Sagrario: que se note que tenéis fe. Y aunque no digáis nada con la boca, dirigíos al Señor con el corazón: Señor, creo en Ti, te amo, perdona mis miserias y las de todos los hombres... Jaculatorias personales, que son una alabanza, un grito de admiración, de alegría, de cariño, de entu-

siasmo, ¡de amor!, que se escapa del corazón como si fuera una flecha. Todo es cuestión de entrega. Y esto es teología subida, no es cosa de beatería, de gente *demasiado espiritual*, como comentan algunos que han perdido *el fervor de la primera caridad* (Apoc. II, 2), y que por eso llevan camino —si no se arrepienten— de ser vomitados de la boca de Dios.

6 No soy amigo de las guerras, quiero la paz. Pero de aquella guerra personal, constante, que cada uno ha de sostener consigo mismo, de esa guerra no me queda más remedio que ser muy amigo. Deseo que alcancéis, en este terreno, muchas victorias: que ganéis la guerra, y que para eso procuréis ganar todas las peleas, porque no conocéis cuál será la última.

Podemos lograrlo, porque contamos con la ayuda de Dios, que está junto a nosotros de continuo y que no pierde batallas. *Sufficit tibi gratia mea!* (II Cor. XII, 9), te basta mi gracia, dice Nuestro Señor a San Pablo, cuando el Apóstol siente la rebeldía de aquella carne que lleva consigo, y clama: *quis me liberabit de corpore mortis huius?* (Rom. VII, 24). ¡Te basta mi gracia, sé fiel!

Están frente a frente los dos enemigos: de una parte, el demonio y sus aliados y servidores, las cosas mundanas, la soberbia —el *non serviam!*, en todas sus formas—, la sensualidad; y de otra

parte, el hombre, que no está solo, porque a su lado se encuentra el Señor con toda su gracia. Si nos apoyamos en la fe, no seremos vencidos. En esta guerra sólo pierde el que consiente, el que libremente busca ser derrotado.

No lo olvidéis, hijos míos: en la fe, no cabe más que tenerla o no tenerla. En cuanto se comienza a cercenar, lo que queda ya no es la fe sobrenatural católica: porque, en el dogma y en la moral, nada es pequeño y de menos valor. No se trata de una postura abierta a lo nuevo o de ser reaccionario, de ser de derechas o de izquierdas. En lo que se refiere a Dios ese modo de hablar me molesta, es origen de muchos confusionismos y resulta una verdadera coartada para no pocos. Soy católico, y basta. En esto, se es o no se es. No se puede ser *un poco* católico: no hay situaciones intermedias.

7 Se os proporcionan todos los medios, para que no os descaminéis: se escribe, se habla, se os advierte, para que adquiráis criterio, luces claras, una fe incommovible. Pero es preciso corresponder personalmente. Cada uno de nosotros puede hundirse tanto o más que cualquiera: si abandonáramos la vida de piedad, si no lucháramos por cumplir bien nuestras obligaciones, iríamos en el mal más lejos que los demás. Dios nos colma de gracias; pero si no correspondiéramos, seríamos

más capaces para el error: *corruptio optimi pessima*. Estáis observando cómo personas que parecían lo más escogido en las filas de la Iglesia, llegan a la depravación más increíble y se convierten en agentes de la maldad. Seamos humildes, *porque Dios resiste a los soberbios, pero a los humildes les da su gracia* (I Petr. V, 5).

La humildad os llevará a no fiaros de vuestro propio criterio, y a ser almas de oración, implorando continuamente el auxilio divino, y aprovechando bien el que os presta con tanta abundancia la Obra, en estos momentos de confusión general. *Así que vosotros, hermanos, avisados ya, estad alerta, no sea que seducidos por los insensatos vengáis a caer de vuestra firmeza* (II Petr. III, 17).

8 Hemos de hacernos pequeños por la humildad y, a la vez, fuertes y duros por la gracia. Van unidos los dos puntos, fomentando una honda piedad personal, cumpliendo las Normas en todo tiempo, en cualquier circunstancia. Si no, no se camina hacia adelante. Esforzaos en cultivar la vida interior, y así seréis felices, con la felicidad que se puede alcanzar aquí abajo.

En cuanto no estimamos nada de la tierra, ni de nosotros mismos, más de lo que estimamos el Amor de Dios, somos necesariamente felices; porque la infelicidad comienza cuando se coloca

delante el ídolo del yo, de la soberbia, de la ambición, de la profesión, de la familia, de las ideas políticas; de la propia visión personal, que puede ser equivocada. Y no digamos nada si se trata de la sensualidad.

Las cosas todas del mundo gozan de un valor muy relativo, *porque toda carne es heno, y toda su gloria como la flor; secóse el heno y su flor se cayó; pero la palabra del Señor dura eternamente; y ésta es la palabra que se os ha predicado* (I Petr. I, 24-25). Esta medida de la proporción parece que la han perdido los que se consideran arrogantemente *actores de la historia y hombres de conquista*, y adoran lo que procede de ellos mismos: *me abandonaron* —se lamenta el Señor— *para incensar a dioses extraños y adorar la obra de sus manos* (Jerem. I, 16).

9 No os sintáis nunca *superhombres*. Ni vosotros ni yo lo somos. Arrastramos el mismo *fomes peccati* que la criatura más vil. Si adelantamos, es porque el Señor nos ayuda de un modo extraordinario —lo que aumenta nuestra responsabilidad— y porque efectivamente, al lado de nuestra flaqueza, ponemos los medios para ser fieles a la llamada que hemos recibido, a este don de Dios.

Me conmueve recordar una escena del Evangelio de San Juan. El Señor habla a aquella mujer samaritana, sentado junto al pozo: *si scires*

donum Dei!... (Ioann. IV, 10). Nosotros hemos comenzado ya a saborear el don de Dios, y conocemos qué grandes son la paz y la fortaleza que nos concede el Señor, y qué grande es también nuestra debilidad.

Especialmente me refiero ahora a los que recibiréis la ordenación sacerdotal. La gente se fijará en vosotros: algunas veces no os daréis cuenta, y otras sí. ¡Ahogad desde el primer momento cualquier pensamiento de soberbia, de vanidad! No sois *superhombres*, repito, ni se os ha llamado al sacerdocio porque seáis mejores que los demás. Por eso, el primer propósito que podéis hacer es el de no cerrar nunca vuestro corazón y vuestra inteligencia a esas mercedes del Cielo y a esa doctrina buena que la Obra os proporciona. Seguid aprendiendo siempre, como aprende un niño.

10 Ninguna preocupación vuestra me es ajena, y lo mismo les ocurre a vuestros hermanos. En la Obra rezamos unos por otros y, si alguno vacila, para él está la fuerza de todos. Convinceos también de que esa vacilación suele ser síntoma de que no se ha sido sincero. Si lo sois, saldréis adelante siempre.

Sinceros y también sencillos y francos, que significa hacerse como un niño, dejarse llevar de la mano cuando la vista se nubla y se enturbia. *En verdad os digo, que si no os volvéis y hacéis*

semejantes a los niños, no entraréis en el reino de los cielos (Matth. XVIII, 3). Esta condición, que ha determinado el mismo Jesucristo, no suena bien a ciertos oídos *modernos*: la consideran propia de una actitud *acrítica y anclada en el pasado*. Sin embargo, y lo escribo con todo el dolor de mi alma, si esos partidarios del *cristianismo adulto* no se convierten y se hacen como niños, no entrarán en el Reino de los Cielos.

11 El espíritu de la Obra tiende a simplificarnos, a descomplicarnos. Pero se requiere nuestra cooperación personal, en la dirección espiritual personal y colectiva. Y debemos colaborar de modo extraordinario en esas luchas que sólo Dios y cada uno de nosotros conoce, echando fuera todo aquello que atrae más que el *don de Dios*, más que la santidad, más que el término eterno del camino que emprendimos un día al sentirnos llamados.

Os he recordado últimamente muchas veces aquel *relictis omnibus* del Evangelio: ante el peligro de naufragio, dejarlo todo, el oro, la plata, los muebles ricos, las especias preciosas... Lo que cuenta es salvar la nave. Padre, me diréis: ¿esto sucede con frecuencia? No, hijas e hijos míos. Y además, cuando el demonio ve que no obtiene nada por ese procedimiento, desiste de atacar así.

Hijos, ¡humildes, entregados! Aceptad y amad esos condicionamientos y esas limitaciones, consecuencia de una libérrima decisión nuestra, que son también gracia de Dios, que nos permiten aguantar *el peso del día y del calor (Matth. XX, 12)*, mientras trabajamos por la Iglesia. Por otra parte, nadie está en la vida de otro modo: sólo Dios no se encuentra con su libertad condicionada.

No tenemos otro fin que servir al Señor, a su Iglesia Santa, al Romano Pontífice, a las almas todas. Si la Obra no prestara ese servicio, no la querría: se habría desnaturalizado. Como se desnaturalizaría la Iglesia si, por un imposible, no pusiera su fin en salvar las almas, en llevarlas al Paraíso, que Cristo mismo nos ha ganado muriendo en la Cruz. *Lo que un hombre sembrare, eso recogerá. Por donde quien siembra para su carne, de la carne recogerá la corrupción; pero el que siembra para el espíritu, del espíritu cosechará la vida eterna. No nos cansemos, pues, de hacer el bien; porque si perseveramos, a su tiempo recogeremos el fruto (Galat. VI, 8-9).*

12 La existencia temporal —tanto de las personas como de la sociedad— sólo es importante precisamente como etapa hacia la eternidad. Por eso es sólo relativamente importante, y no es un bien absoluto. Ya os lo escribía hace muchos

años: lo que importa absolutamente es que seas feliz, que te salves.

Deseamos el bienestar material para todos, siempre que no se convierta en un obstáculo —por el modo de quererlo o de gozarlo— para la salvación eterna. Cada uno de nosotros, en el lugar que ocupa en la sociedad, contribuye eficazmente a ese bienestar. Pero el fin de la Obra —dentro del fin de la Iglesia— no es de ese orden: nuestro fin es eterno y sobrenatural. Y esto no es cuestión ya de razonamientos, sino de fe.

Para algunos, parece como si en lugar de ser la Iglesia —la Iglesia de siempre, la que fundó Jesucristo y a la que Jesucristo ha asistido continuamente en estos veinte siglos— la salvación para el mundo, hubiera de ser el mundo la salvación para la Iglesia. Y abandonando la doctrina católica perenne, van a buscar en los sistemas de pensamientos menos cristianos y en los movimientos políticos y sociales más adversos a la fe, lo que a su juicio será la única salvación para la Iglesia: la mundanización más completa.

Ya lo advertía San Pablo a los colosenses: *estad sobre aviso, para que nadie os seduzca por medio de una filosofía inútil y falaz y con vanas sutilezas según la tradición de los hombres, conforme a las máximas del mundo y no conforme a Jesucristo (Colos. II, 8).*

Sin embargo, especialmente con el marxismo que es la suma de todos los errores, estamos asistiendo a una subversión total: la eternidad es sustituida por la historia, lo sobrenatural por la naturaleza, lo espiritual por la materia, la gracia divina por el esfuerzo humano... En definitiva, la soberbia del hombre intenta suplantar a Dios, al menos para construirse su propia vida. No se soporta que se hable de *medios sobrenaturales* o de *vida eterna*.

- 13 La Iglesia es una Madre fuerte, hermosísima y sin mancha ni arruga, aunque en estos tiempos algunos se empeñen en afearla tanto y llegue a parecer vieja y sin fuerzas. Hemos de amarla particularmente, más que nunca, y amar también al Romano Pontífice, a los Sucesores de Pedro, Vicarios de Cristo.

No debéis ignorar una cosa, y es que un día respecto de Dios es como mil años, y mil años como un día. No retarda el Señor su promesa, como algunos juzgan; sino que espera con paciencia por amor de vosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos se conviertan a penitencia (II Petr. III, 8-9). Si conservamos vivo el sentido de la eternidad, no perderemos de vista que *hoy* o *ahora* son adverbios de tiempo y criterios cronológicos y no necesariamente de validez.

Y lo mismo hay que decir de *ayer* o de *mañana*. Hoy nos encontramos sanos y mañana enfermos, o al contrario. Se puede haber estado en la verdad y más tarde incidir en error. Quizá nos hemos portado bien ahora, y luego mal. Y mientras estamos en la tierra, con el ejercicio temporal de la libertad que Dios nos ha dado, nada es *irreversible*.

Hemos de mantener y desarrollar lo que es verdadero y bueno, y saber rectificar cuando nos hemos equivocado. Pero es claro que la Revelación divina, que terminó con la muerte del último Apóstol, no se ha equivocado y no admite superación. Y tampoco que se ha equivocado el Magisterio de la Iglesia cuando, con la asistencia prometida y cumplida del Espíritu Santo, ha definido dogmáticamente y en la más homogénea continuidad el contenido de esa Revelación, fijando infaliblemente lo que debemos creer, y estableciendo también de modo inmutable las normas fundamentales de la moral cristiana.

- 14 En la actualidad, cuando la Iglesia sufre un terremoto brutal y universal, hijas e hijos de mi alma, hemos de poner más empeño que nunca en estar bien firmes en la fe. Evitad esa especie de vértigo que hace creer a algunos —que han perdido el norte y la vertical— que todo ha de ser

cambio, llamando *vida* a lo que es convulsión epiléptica.

Satanás se transforma en ángel de luz (II Cor. XI, 14), el diablo se acerca a algunas almas con pretextos de eficacia apostólica, de *evangelización del mundo moderno*, de cultura... Y para la formación de la inteligencia de los apóstoles, propone ideas que en realidad la deforman. No nos dejemos engañar. Para curar enfermos, basta ser médico, no es preciso contraer la misma enfermedad. Hemos tratado y trataremos siempre de mejorar nuestra preparación intelectual, pero eso no quiere decir que haya que beber todos los brebajes emponzoñados que se fabrican: aunque muchos los fabriquen y muchos los beban.

- 15 Os vengo señalando machaconamente la existencia de una tremenda epidemia espiritual, que causa estragos en la vida de la Iglesia y de la sociedad civil. El aire está lleno de esos miasmas. Pero además, como sucede en algunas enfermedades infecciosas, todos llevamos dentro también esos bacilos.

El pecado original, aun perdonado por el Bautismo, ha producido en nosotros sus *vulnera*: heridas en el entendimiento, en la voluntad, en la sensibilidad. Experimentamos todos una cierta inclinación al mal y al error. Por otra parte, están nuestros pecados personales, las miserias que cada uno

ha querido contraer. Esos bacilos esperan sólo una debilitación del organismo, que vengan a menos las propias defensas, especialmente si el ambiente en el que debemos movernos es malsano.

Nuestro organismo se debilita, y la enfermedad hace presa en él, si se descuida la vida interior, la oración y la mortificación; si no se procura recibir convenientemente la gracia santificante en los sacramentos de la Penitencia y de la Sagrada Comunión; si nos apartamos de la protección maternal de la Virgen Santísima; si no nos esforzamos en ejercitar las virtudes sobrenaturales, que son como las facultades de ese organismo; si dejamos de poner *todos* los medios sobrenaturales, que nos proporcionan nuestras Normas. En un clima infecto, un hombre débil es ya prácticamente un enfermo.

- 16 Esas personas que propagan la enfermedad nos dan pena, y pedimos a la misericordia de Dios que ponga coto a ese proselitismo rabioso que realizan. Para seguir adelante con sus desvaríos, cuentan con la complicidad —son los bacilos que cada uno tiene de suyo— de la soberbia y de la sensualidad de los hombres, siempre dispuestos a justificar lo que no puede ser justificado. Su táctica es trazar a las almas un camino anchísimo, en el que caben todas las maldades —y por tanto la soberbia, que es su

raíz— como si fueran cosas buenas.

De esta manera logran arrastrar a muchos: a unos, por su ignorancia, no raramente acompañada de presunción; a otros, que no están dispuestos a observar una buena conducta, porque así pretenden cohonestar más fácilmente sus torpezas.

Es la historia de siempre, que se repite una vez y otra. Olvidan lo que el Señor dejó dicho en el Evangelio: *entrad por la puerta angosta, porque la puerta ancha y el camino espacioso conducen a la perdición, y son muchos los que entran por él. ¡Qué angosta es la puerta y qué estrecha la senda que conduce a la vida, y qué pocos son los que atinan con ella!* (Matth. VII, 13-14). Nosotros, hijas e hijos míos, hemos de entrar por esta puerta, tratando con la ayuda divina de que no sea tan estrecha para los demás. Pero un principio es cierto: el que no mantenga la integridad de la fe, no pasará por esa puerta que da entrada al Paraíso.

Meditemos estas duras palabras de la epístola segunda a los tesalonicenses: *el hecho es que ya va obrando el misterio de iniquidad; entre tanto el que está firme ahora, manténgase hasta que sea quitado el impedimento. Y entonces se dejará ver aquel perverso, a quien el Señor Jesús matará con el resuello de su boca y destruirá con el resplandor de su presencia, aquel inicuo que*

vendrá con el poder de Satanás, con toda suerte de milagros, de señales y de prodigios falsos, y con todas las ilusiones que pueden conducir a la iniquidad a aquellos que se perderán, por no haber recibido y amado la verdad a fin de salvarse. Por eso Dios les enviará el artificio del error, con que crean a la mentira, para que sean condenados todos los que no creyeron en la verdad, sino que se complacieron en la maldad (II Thes. II, 7-11). Aquí, para discernir, no sirven las categorías de lo moderno y de lo antiguo. La Verdad es la de Cristo, eterna e inmutable; y el error, cualquiera que sea la forma que adopte, se define por su oposición a esa verdad.

17 Me hace sufrir el pensamiento de que algún hijo mío permita que, como por ósmosis —así suelo decir, para quitaros preocupaciones y para ponéros las—, en su alma y en su inteligencia penetren esos gérmenes peligrosos para la salud espiritual, que ahora pululan por todo el mundo. No entrarán si no leéis lo que no debéis leer, si cumplís las precauciones que he dispuesto. Si vamos a un laboratorio donde se cultivan los microbios más tremendos, propagadores de enfermedades para las que quizá no se conocen remedios eficaces, y sin saber ni entender de medicina —o entendiendo, pero sin tomar las cautelas oportunas—, metemos las manos, llenas

de rasguños porque en nuestra fragilidad nos hemos dado golpes, cogemos aquella infección y acabamos mal. Lo mismo pasa con la salud del alma.

Satanás —especialmente con los que de verdad aman a Jesucristo— no se presenta con descaro, mostrando su propia faz, porque lo despreciaríamos. Busca una rendija, un pequeño descuido, y por ahí entra revestido con algo que tiene buen aspecto, con un disfraz digno y conveniente. Y una vez dentro, desorienta y saquea y mata.

18 La Iglesia se encuentra en medio de una borrasca tremenda, como aquella del lago de Tiberiades, cuando Jesús dormía en la barca de Pedro. Ahora también parece que duerme. Y ante esta tormenta, que arrecia por momentos, quizá le ocurra a alguno la tentación de pensar: me salvo yo solo, agarrado a una tabla. No, hijas e hijos míos. Nosotros hemos de mantener a flote el barco y salvarnos todos juntos. Nadie puede pensar en librarse él solo, porque perecería. ¡Todos juntos! Y así contribuiremos a la salvación de muchas otras almas, al bien y a la paz y a la unidad en la Iglesia.

No nos encerramos en una ciudadela, pero defendemos —en primer lugar en la propia alma y en las de nuestros hermanos— el don de Dios, de manera que estemos en condiciones de que mu-

chos otros lo reciban también. En esta larga temporada de tempestad y de naufragio, debemos ser para muchos un arca de salvación.

Vivimos en medio de la calle, en todos los ambientes, con una misión apostólica bien precisa: ser sal y ser luz. *La sal es buena; pero si la sal se desvirtúa, ¿con qué será sazonada? Nada vale ya, ni para la tierra, ni para servir de estiércol; así que se arroja fuera. Quien tiene oídos para escuchar, atienda (Luc. XIV, 34-35).*

Hemos de esforzarnos por asegurar en nosotros aquellas condiciones espirituales y de entereza en la fe, que dan un sentido preciso a nuestra presencia en medio de todos los quehaceres nobles del mundo. Salvar almas es enseñarles la doctrina de Jesucristo, la de siempre; y no ir a adular sus errores teóricos y prácticos, y a granjearnos simpatías afirmando que todo lo que piensan y dicen y obran es santo y bueno.

19 Es cierto que, en un par de siglos, muchos ambientes culturales y universitarios que han conseguido cierta autoridad en el círculo de las ideas y de las instituciones sociales, se han apartado de la fe; y que, especialmente en estos últimos veinte años, han ido a caer de bruces en el marxismo, que es la forma más extrema que los hombres han logrado hasta aquí, para proporcionar a la apostasía una justificación teórica y una estructura práctica.

Se puede repetir de ellos lo que San Pablo afirmaba de aquellos paganos, que sin embargo eran objeto de lo más específico de la misión apostólica que Jesucristo le había confiado: *proceden en su conducta según la vanidad de sus pensamientos, teniendo oscurecido de tinieblas el entendimiento, alienados de la vida de Dios por la ignorancia, que está en ellos a causa de la ceguera de sus corazones (Ephes. IV, 17-18).*

A los que juzgan que se debe admitir todo eso, como *sentido de la historia* o *signos de los tiempos*, lo que permitiría presentar como revelación divina y querer de Dios los resultados más aberrantes de la libertad humana; a esos pobres apóstoles, que han perdido la seguridad sobrenatural en la fe que recibieron de la Iglesia, les recomendaría que meditasen los primeros capítulos de la primera epístola de San Pablo a los Corintios, cuando el Doctor de los gentiles señala que Cristo le había enviado a predicar el Evangelio sin valerse para eso de elocuencia de palabras y discursos de humana sabiduría.

Así está escrito: destruiré la sabiduría de los sabios, y desecharé la prudencia de los prudentes. ¿En dónde están los sabios? ¿En dónde los escribas? ¿En dónde esos espíritus curiosos de este mundo? ¿No es verdad que Dios ha convencido de fatua la sabiduría de este mundo? (I Cor. I, 19-20).

Sabiendo que *Dios ha escogido a los necios según el mundo, para confundir a los sabios, y Dios ha escogido a los flacos del mundo, para confundir a los fuertes; y a las cosas viles y despreciables del mundo, y a aquellas que eran nada, para destruir las que son, a fin de que ningún mortal se jacte ante su acatamiento* (I Cor. I, 27-29). Sabiendo eso, hemos ido desde el comienzo, y seguiremos yendo siempre, con celo apostólico a esos ambientes *alienati a vita Dei* (Ephes. IV, 18).

Pero también en conformidad con la entraña evangélica de nuestro espíritu, buscaremos las almas una a una, y no pretenderemos bautizar colectividades ni partidos políticos ni cosas abstractas.

20 El Santo Padre ha hablado claramente de *autodestrucción* en la Iglesia, y periódicamente se vuelve a lamentar de lo que está sucediendo. Y, con el Papa, se quejan muchos Obispos de todo el mundo: aunque ciertamente no todos, ni siempre con la suficiente firmeza, ahora como en las crisis por las que ha pasado la Iglesia en estos veinte siglos.

El mal es tan patente, que cuesta trabajo comprender las desgraciadas circunstancias espirituales, en las que tiene que estar una persona, para llegar a considerar toda esta situación como *altamente positiva*. Lo veis por ahí, y sufrís co-

mo yo: la Santa Misa convertida en una franquichela; el Sagrario arrinconado como un estorbo, cuando no eliminado; la predicación sacerdotal transformada en un mitin político y en discusiones caóticas; las malas versiones del latín, con pretexto de traducción inteligible, que difunden —en no pocas naciones— la herejía desde el altar; el abandono del espíritu de adoración y de reparación, acusado de ser *opio* que adormece las aspiraciones de los *oprimidos*; el desprecio de los medios sobrenaturales —los sacramentos como causas de la gracia, la oración, la mortificación— como propios de una mentalidad *desencarnada* y además *individualista*; la subversión más completa de las normas objetivas de la moralidad...

¿No es todo eso, además de un olvido de veinte siglos de historia de la Iglesia, una desvirtuación total de la doctrina de Jesucristo? Los fautores de esa *desacralización* de la vida cristiana comienzan por prescindir de las definiciones dogmáticas; después desprecian la Tradición, en sus diversas manifestaciones y en sus testimonios; y acaban por abandonar también del todo la Sagrada Escritura, con el pretexto de que no es más que la expresión de ciertas condiciones históricas y de categorías mentales propias de culturas de otros tiempos.

De este modo, los nuevos *libros sagrados* serán ya los de tal o cual pensador; de ahí se originará una verdadera *escolástica* con sus autoridades indiscutibles, objeto de comentario y divulgación; y unos cuantos *teólogos* formarán un nuevo e *infallible* magisterio que define, aprueba y condena, con su propio *brazo secular* que es ahora, sobre todo, un concierto universal de prensa anticatólica.

Esta situación es tan dolorosa como innegable para el *hombre espiritual*, según la expresión de San Pablo, *porque el hombre animal no puede hacerse capaz de las cosas que son del Espíritu de Dios, pues para él todas son una necesidad, y no puede entenderlas, puesto que se han de discernir con luz espiritual* (I Cor. II, 14).

21 Trabajamos en todos los ambientes del mundo, intentamos marchar siempre a la vanguardia de lo que es noble y bueno y conforme al querer de Dios. Vamos por donde hay camino; y, si no lo hay, lo hacemos. Pero no vamos, ni en vanguardia ni en retaguardia, hacia el derrumbadero. Si pocos o muchos toman una ruta que los aparta de Dios, que acaba en el infierno, trataremos de evitar su descamino; pero si se obstinan, no les acompañaremos.

Correr hacia Dios, sí; pero correr por correr, o ir delante por ir delante —algo así como estar

siempre de moda—, no tiene ningún sentido para un hijo de Dios. Hablar genéricamente de *lo actual*, para justificar de modo anónimo e irresponsable, impersonal, el dejarse arrastrar en cualquier dirección según la opinión que domina, es lo más contrario a la misión del apóstol: es gregarismo o pérdida total de la orientación.

Recordad aquel elogio que el Señor pronunció de Juan el Bautista, preguntando al pueblo: *¿qué es lo que salisteis a ver en el desierto?, ¿alguna caña que a todo viento se mueve?* (Matth. XI, 7). Agradecemos al Señor con toda el alma esa entereza en la fe que nos ha concedido en la Obra, y que ha marcado nuestro caminar firme y seguro desde el comienzo: no nos causaron vacilaciones los escándalos farisaicos de otras épocas, y no nos han desorientado tampoco las generalizadas convulsiones de estos años.

Así que yo voy corriendo, no como quien corre a la venturaa; peleo, no como quien tira golpes al aire (I Cor. IX, 26). Lo mismo que dio firmeza a nuestros pasos y rectitud a la trayectoria, debe conducirnos necesariamente a la humildad más sentida: la clara conciencia del don de Dios que hemos recibido y de nuestra flaqueza propia.

Nada tenemos que cambiar con el paso del tiempo. La Obra —y cada uno de nosotros, porque cada uno ha de ser él mismo *Opus Dei*— es

vida sobrenatural, gracia y luz de Dios en las circunstancias personales y en los ambientes sociales más diversos. No es un estuche vacío lo que guardamos, sino un alma, un espíritu bien definido por Dios y siempre el mismo.

Las circunstancias y los ambientes cambian; el espíritu, que hace que las almas de mis hijos se santifiquen en todos esos ambientes y circunstancias, no cambia: desde el comienzo, Dios lo ha querido permanente y universal.

- 22 En esa situación general de aturdimiento que por ahora se padece en la Iglesia, hemos de procurar abandonarnos continuamente en las manos de nuestro Padre Dios: Señor, me abandono en Ti, confío en Ti, descanso en Ti. Rezando el breviario, hace algún tiempo, reparé en un salmo que habré leído tantas veces y que dice: *memor esto verbi tui servo tuo, in quo mihi spem dedisti (Ps. CXVIII, 49)*. Tengo muy en cuenta tus palabras, comunicadas a este siervo tuyo, en las que me diste luces de esperanza cierta. ¡Tranquilo, tranquilo!

Antes pasarán el cielo y la tierra que deje de cumplirse una sola palabra del Señor. *Haec me consolata est in humilitate mea!* Señor, con esto me has llenado de consuelo y de fortaleza en mi humildad. Todos los malos ratos que atravesamos en esta vida, proceden de nuestra pequeñez, de nuestra nada. Pero nos sentimos confortados

con la seguridad de Dios: *quia eloquium tuum vivificavit me!* Porque tu voz ha traído vida a nuestra vida.

Hijas e hijos míos, el Señor nos ha empeñado su promesa y la ha ratificado en innumerables ocasiones. Podemos estar muy sosegados y muy serenos, porque la tempestad pasará. Basta que nos mantengamos bien unidos, basta que nos mantengamos fieles y obedientes en lo pequeño.

Lo pequeño es no leer libros de personas *que se llaman teólogos* —porque lo dicen ellos—, y que atacan la fe. Lo pequeño es guardar los sentidos, no ir por ahí desparramados: sin rarezas, con fortaleza, con naturalidad, pero sin concesiones. Lo pequeño es poner el salero y la gracia de una mortificación menuda, que pasa inadvertida, en cada acción, con amor.

- 23 El peligro está en esos dos frentes: la sensualidad y la soberbia. De una parte, una corrupción de costumbres, que es ostentosa, agresiva, que solicita los instintos animales del hombre. Y ahí hay que oponer la templanza, la sobriedad, la vigilancia de las pasiones, el cultivo de esas menudas virtudes que protegen los muros capitales de la fortaleza, en este *ambiente permisivo*.

De otra parte, una verdadera inundación de literatura disolvente del sentido sobrenatural, y

aun de las evidencias más inmediatas de la inteligencia natural. La misma humildad, el saber que nuestra pobre razón es tan vulnerable como la de los demás, nos obliga a la prudencia, a tomar medidas, precauciones.

Nos dan mucha pena esas personas que trasnochadamente se autodenominan *intelectuales puros* y que, sin discernimiento ni ponderación, leen todo lo que excita su curiosidad enfermiza. Con lo que les viene a suceder lo que a don Quijote, que *se enfrascó tanto en su lectura, que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro, de manera que vino a perder el juicio.*

Y entonces es un verdadero deber de caridad proceder a aquel expolio que hicieron el cura y el barbero en la casa del hidalgo, con todos sus libros de caballerías: por la ventana, al patio; y luego, un buen fuego. No queda más remedio.

- 24 Cada día serán más, dentro del Opus Dei, los que se dediquen, como labor especial, al estudio de la teología. Esos hijos míos han de tener más cuidado que nadie. Han de ser lo suficientemente humildes para rechazar sin tardanza el discurso racional, si les lleva a conclusiones que no se concilian con la fe tradicionalmente recibida, custodiada fielmente por la Iglesia a lo largo de los siglos.

La inteligencia humana, con la ayuda de Dios, irá ahondando más en las riquezas insondables del depósito de la Revelación: y siempre será poquísimamente lo que se logre, al lado de esa inmensidad divina que no podemos abarcar. Pero si se llega a una consecuencia que contradice de algún modo a una verdad de fe —lo recordaré sin cansancio—, hay que rectificar enseguida: Señor, me he equivocado, recomienzo.

Repetiré siempre este consejo a los hijos míos. Cuanto más talento tengáis, más claro deberéis verlo: *como libres, mas no cubriendo la malicia con capa de libertad, sino como siervos de Dios* (I Petr. II, 16). Son ya cientos de miles las almas que viven de la luz que derrama el Señor por medio del Opus Dei. Sed fieles, en estos momentos de deslealtad y de insidias.

- 25 San Pío X afirmaba que, desde el siglo XIII, no había tenido lugar ni un solo Concilio en el que no estuviera presente Santo Tomás con la riqueza de su doctrina. Y en efecto, en estos siete siglos ha sido constante e ininterrumpida la recomendación, que ha hecho el Magisterio de la Iglesia, de seguir a Santo Tomás en los estudios de filosofía y de teología: recomendación expresa, reiterada tres veces en los documentos del último Concilio (Conc. Vaticano II, Decl. *Gravissimum educationis*, n. 10; Decr. *Optatam totius*, n. 16; interpretación auténtica).

ca de la S. Congreg. de Semin. et Univers., 20-XII-1965, del Decr. *Optatam totius*, n. 15).

Santo Tomás no es toda la teología, pero es piedra segura para edificar bien. Como la historia ha puesto de relieve, y los Romanos Pontífices no se han cansado de señalar, es mala cosa contradecir su doctrina, y es moralmente necesario procurar conocerla bien. Ningún otro teólogo ha recibido del Magisterio una confirmación tan autorizada y reiterada. Es razonable concluir que habrá, para una determinación tan singular, motivos bien fundados.

De ahí que, también en esto, hayamos recogido en la Obra lo que es válido para todos los católicos; aunque, también en esto, no faltan ahora muchos que hacen caso omiso de las enseñanzas de la Iglesia.

- 26 Hijos e hijos queridísimos, pensad que cada uno ha de contribuir a la fortaleza de la Obra entera; que podéis y debéis ser el apoyo y la ayuda de algún hermano vuestro, en un momento de flaqueza. Un principio siempre necesario, pero especialmente ahora, cuando abundan en la Iglesia —como ya en tiempos de San Pablo— *subintroducti falsi fratres* (*Galat.* II, 4), falsos hermanos que, desde dentro y en todos los estratos de la vida eclesiástica, están causando daño y procurando meter el mal en las almas. Nos producen

mucha pena, pero hemos de oponer una resistencia firme a su acción demoledora.

Os he hablado ya, en esta Carta, de la bendita libertad con que habéis elegido y con que he elegido yo este camino nuestro: o mejor, con la que hemos respondido a la elección que Jesucristo ha hecho de nosotros, porque *non vos me elegistis, sed ego elegi vos* (*Ioann.* XV, 16).

Con esa libertad hemos aceptado las limitaciones que cualquier elección comporta. No existe ninguna criatura en la tierra que no esté condicionada, limitada. Aceptad siempre las limitaciones que os mantienen en el buen sendero. No os saltéis las barreras, porque más allá comienza el descamino, el precipicio.

Luchad, sobre todo, con la soberbia. Cuando penséis que tenéis toda la razón y sentís que os enconáis contra cualquiera —y especialmente, lo que es muy difícil que suceda, si fuese con alguno que cumple su deber de conducir la comitiva—, ¡abrid el corazón, y pedid a Dios mucha humildad! *No deis lugar al diablo* (*Ephes.* IV, 27).

- 27 Condición de vida es la unidad. Por eso llega un momento en el que fomentamos todos el propósito firme de amarla, de protegerla, de mantener esa unidad espiritual, moral, jurídica, que hace de la Obra entera un organismo sano y un instrumento entero en las manos de Dios.

Rezamos diariamente por esa unidad. Y además procuramos no destruirla ni directa ni indirectamente. Hemos de ser leales y sinceros. Si, con rectitud de intención, nos parece que algo ha de mejorarse en una persona o en un apostolado, lo decimos al Director, con delicadeza y con respeto, pero con claridad, cara a cara, como hombres de bien.

Hemos de mostrarnos en todo *solícitos en conservar la unidad del espíritu, con el vínculo de la paz; un cuerpo y un espíritu, así como fuisteis llamados a una esperanza de vuestra vocación; uno es el Señor, una la fe, uno el bautismo; uno el Dios y Padre de todos, que está sobre todos y gobierna todas las cosas y habita en todos nosotros (Ephes. IV, 3-6).*

28 Siendo muy sencillos y transparentes, hemos de manifestarnos a la vez templados en el uso de la palabra: *sea todo hombre pronto para escuchar, pero lento para hablar (Iacob. I, 19)*. Especialmente en estos tiempos, cuando la palabra se sirve de unas posibilidades de difusión prácticamente sin límites, hemos de ser muy responsables en lo que hablamos y escribimos.

Recordad lo que afirma el Apóstol Santiago sobre esto: *toda especie de bestias, de aves, y de serpientes, y de otros animales se amansan, y han sido domados por la naturaleza del hombre. Pero la lengua ningún hombre puede domarla,*

es un mal que no puede atajarse, y está llena de veneno mortal (Iacob. III, 7-8). Ese daño se ataja con la humildad, con la mortificación, empeñándonos seriamente en evitar aun la apariencia de una murmuración, que es cosa indigna.

La lengua es una riqueza que Dios nos ha dado, para alabarle y para ayudarnos mutuamente; pero cuando se emplea mal, es origen de muchas ofensas y pecados. Nosotros hemos de manifestar siempre las cosas a la cara, en la presencia de Dios, aunque estemos equivocados. Ya nos advertirán, si lo estamos; y con profunda humildad, aceptaremos aquella resolución ponderada de quien posee más elementos de juicio y una gracia especial de Dios.

Hay que permanecer prevenidos, porque el diablo intenta engañar al obstinado y al soberbio, empujándole a creer que lo suyo es madurez intelectual, capacidad crítica, espíritu activo que no admite con pueril pasividad dogmatismo alguno. ¿Quién no ha oído por ahí expresiones de ese género, que pueden encubrir tanto una hinchada vanidad, como el servilismo más completo de quien pone un disco de la canción de moda —la casa discográfica ha vendido dos millones de ejemplares—, y se mueve con la ilusión de que está cantando él mismo?

Para que nos encontremos precavidos ante aquella posible tentación, transcribiré unos consejos más de la epístola de Santiago: *¿hay entre*

vosotros alguno sabio y bien educado? Muestre por el buen porte su proceder, y una sabiduría llena de dulzura. Pero si tenéis un celo amargo y el espíritu de discordia en vuestros corazones, no hay para qué gloriaros y levantar mentiras contra la verdad, que esa sabiduría no es la que desciende de arriba, sino más bien una sabiduría terrena, animal y diabólica (Iacob. III, 13-15).

29 No digo ya con sentido sobrenatural, sino que ni siquiera de un modo simplemente razonable, puede alguno pensar que él está menos *dotado* para obedecer, y que en cambio está llamado a ser una especie de *conciencia crítica* de los demás o de la Iglesia o de la sociedad. Todos los herejes, a la largo de la historia, se han presentado con semejantes pretensiones: con frecuencia han acabado por engañarse a sí mismos, y ésta ha sido su peor desgracia, porque en esa misma medida se hacen incurables.

Meditemos la advertencia del Señor: *guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros disfrazados con pieles de ovejas, y por dentro son lobos voraces; por sus frutos los conoceréis (Matth. VII, 15-16)*. Contemplad a vuestro alrededor los frutos verdaderos —y no los que propalan con falsas estadísticas y con encuestas sociológicas, tan fáciles de manipular—, los malos frutos de esos agitadores: ese rastro de desola-

ción que han dejado tras de sí, agostando todos los brotes de vida cristiana en las almas y en la sociedad.

Es digno de notarse que ellos producen realmente aquella descristianización que era como la premisa o el supuesto en que se apoyaban, para proponer sus nuevas *formulaciones* de la fe y su nueva *pastoral*. Con un ejemplo gráfico, es como si un médico haragán y sin ciencia, decidiera cambiar de profesión y montar una funeraria: y entonces, para justificar su nuevo oficio, se dedicara a matar a todos los enfermos que encuentra, logrando introducirse en los hogares y en los hospitales a base de exhibir su título de médico.

30 Una persona que se queda ciega y debe ser operada de los ojos, ha de someterse a un tratamiento: no le practican la cura en un solo momento, sino poco a poco; y durante tiempo, mientras se repone, se deja guiar por los que ven. Si somos dóciles, la ceguera espiritual es algo transitorio, pasa siempre.

Acordaos de lo que narra el Evangelio de San Juan: *Yo vine a este mundo a ejercer un juicio, para que los que no ven vean, y los que ven queden ciegos. Oyeron esto algunos de los fariseos, que estaban con él, y le dijeron: pues qué, ¿nosotros somos también ciegos? Respondióles Jesús: si fuerais ciegos no tendríais pecado; pero por lo*

mismo que decís: nosotros vemos, por eso vuestro pecado persevera en vosotros (Ioann. IX, 39-41).

Pido a Dios Nuestro Señor que de ninguno de mis hijos pueda nunca afirmarse eso. Y no se afirmará, si son humildes; si siempre se abandonan en sus Directores, para que los curen; si son piadosos, almas de oración.

Es el trato con Dios lo que facilita el ejercicio de la humildad, lo que nos da continuamente la medida de nuestra pequeñez, y como un instinto para pedir ayuda y para dejarse ayudar efectivamente. Os lo he enseñado desde el comienzo: si no fuésemos prácticamente contemplativos, nos sería muy difícil perseverar.

31 Por desgracia, no es raro ahora que haya incluso sacerdotes y religiosos que hablen de *desobediencia constructiva* o de *obediencia dialogada*, y de otros despropósitos de este calibre. He defendido siempre la libertad personal —con responsabilidad— y la espontaneidad.

Me he opuesto y me opongo a lo que impide la legítima autonomía de las personas, de las familias, de las asociaciones: tanto en la Iglesia como en la sociedad civil. Y veo con dolor que nunca como ahora, aunque se parlotee tanto de libertad, ha habido tanta opresión y tantos intentos de centralizar y monopolizar todo.

Luego sí, libertad y espontaneidad. Pero no

podemos tampoco olvidar que la espontaneidad de un miembro de un cuerpo vivo está al servicio del cuerpo entero, depende de la cabeza y del corazón y está sometido al alma. La espontaneidad no equivale a una anarquía, que violenta las leyes del organismo y se opone a la salud del conjunto. Cuando la espontaneidad es de este estilo, en realidad se trata de un crecimiento canceroso, es un principio de corrupción y de muerte. O se somete en su actividad alocada, o hay que extirpar aquel tejido rebelde.

Especialmente en las cosas de Dios, cuando se tiene clara conciencia de estar trabajando en una empresa sobrenatural, resulta espontáneo —natural y nada humillante— sentirse un instrumento y poner todo el empeño en seguir las mociones divinas, evitando hacer la propia voluntad. Como os escribía en los primeros años, somos lo que el pincel en las manos del artista, y nada más.

En la Obra no queremos marionetas, para tirarles de los hilos. No somos instrumentos inertes. Hemos de movernos por impulso propio, inmediato y sobrenatural: para eso es necesario conservar la gracia de Dios en el alma, y el espíritu del Opus Dei bien asimilado, de manera que cada día seamos cada uno más Opus Dei en todo lo que realicemos, y cada día más también sea el mismo Jesucristo el que actúe en nosotros. Así

seremos realmente eficaces, y nos sentiremos siempre ligados entrañablemente a los demás, y de un modo muy particular a la cabeza y al corazón: *consummati in unum!*

Eso por lo que se refiere a la vida espiritual, propia y de los demás, a la labor apostólica. Porque en las cosas temporales —y de modo especialísimo en la vida política, con su amplísimo margen de contingencia— no defendemos unidad alguna. Dentro de la fe y de la moral de Jesucristo, corresponde a cada uno de nosotros la misma libertad que a cualquier católico.

Y cuando en circunstancias excepcionales se deba señalar un criterio unitario, eso compete exclusivamente a la Jerarquía pública de la Iglesia, en el ejercicio de su misión pastoral específica: en la Obra no hemos admitido jamás ni admitiremos nunca otra norma de conducta, porque iría contra la esencia del espíritu que Dios quiere que vivamos.

32 Lo que me interesa de vosotros, hijas e hijos queridísimos, es la vida sobrenatural de vuestra alma: vuestra vida interior y sus manifestaciones directamente apostólicas. Otros éxitos, otros logros humanos me parecen bien, si os llevan a Dios, pero la Obra es completamente ajena: eso es tarea vuestra, de cada uno.

Si en algún caso extraordinario aquella tarea

personal se convirtiese en un obstáculo, si pusiera en peligro la salvación del alma: si se levantara en aquel corazón una tempestad, y comenzara a preocuparle más la carga que el barco..., entonces habría llegado el momento de ser heroico, y arrojarlo todo por la borda, sin titubeos.

Pero si hay vida de piedad, si se guardan los sentidos, si se cultiva habitualmente la humildad, es muy difícil que se presente una situación tan extrema. Sin embargo, conviene conservar bien grabada en el corazón esa jerarquía de valores.

Lo que no cabe nunca, en nuestra vocación, es no trabajar apostólicamente. Todos mis hijos —los jóvenes y los que ya tienen años— pueden y deben sacar adelante las labores de la Obra. Si no sintieran esta responsabilidad, se irían enmoheciendo poco a poco, y se convertirían inevitablemente en instrumentos inservibles. Entonces podrían perder la vocación muy fácilmente.

Todos hemos de ocuparnos en una labor profesional seria, a tiempo completo; y en una labor apostólica también muy concreta y constante: además de realizar aquel trabajo profesional con afán de almas, de modo que sirva para santificarse y para ayudar a santificar a otros.

Sería una triste ingenuidad engañarnos, lla-

mando apostolado a cualquier capricho personal, a cualquier ocupación, con la excusa de que es algo importante, de altura. ¡Almas! Esa es la medida, el criterio, para saber si aquella actividad es verdaderamente Opus Dei, *operatio Dei*, trabajo de Dios.

33 Vuelvo ahora a referirme en particular a esos hijos míos que van a recibir la ordenación sacerdotal. Ya os he contado otras veces que alguien, en Roma, a la vuelta de los años, me explicó lo que se había comentado en España cuando se ordenaron los tres primeros. Los puse a trabajar como, gracias a Dios, había trabajado yo: mucho, mucho. Y esa persona me dijo que se había repetido en diversos ambientes: ha ordenado a estos tres, y ahora los matará de trabajo.

Y es verdad, para eso se recibe el sacerdocio ministerial: para entregarse sin descanso, en lo que es propio del sacerdote, en servicio de la Iglesia, a través de las tareas de la Obra. Por eso, sería incomprensible la pereza de un hijo mío sacerdote, que no se dedique por completo a ese ministerio, para el que ha sido escogido.

Todos, en el Opus Dei, debéis tener las naves bien quemadas. A los sacerdotes se les exige además la entrega de lo que, hasta el momento de su ordenación, fue su labor profesional; y de muchas ilusiones que, como seglares, antes les correspon-

da santificar, pero que ya no son propias de su condición clerical: *entresacado de los hombres, es puesto para beneficio de los hombres, en lo que mira a Dios, a fin de que ofrezca dones y sacrificios por los pecados* (Hebr. V, 1). Brevemente, es esto: celebrar la Santa Misa —¡trabajo de Dios!—, administrar sacramentos, predicar la palabra divina, dirigir almas... sin descanso, continuamente y en los apostolados que nos son propios.

Insisto: el mayor enemigo que llevamos dentro es la soberbia, la alta estima que sentimos de nosotros mismos. He recordado en más de una ocasión aquel proverbio ascético, bien conocido: *lujuria oculta, soberbia manifiesta*. Raramente trato de esta materia y, cuando he de hacerlo, hablo de la santa pureza. La necesitamos. El Señor nos la concede, si ponemos los medios.

Estad ocupados, daos a los demás, organizad el día para que esté lleno. Dentro de un horario general, tened el vuestro: determinándolo bien en la charla semanal con vuestro hermano, de manera que sepáis lo que debéis hacer, y os esforcéis por cumplirlo. Así, con el tiempo bien empleado, no se da lugar al diablo. Sed delicados en la obediencia, hijos míos sacerdotes, sed ejemplo de disponibilidad, sed puntuales en las reuniones de familia. Aborreced las excepciones, y así predicaréis también con el ejemplo.

34 Cuando no pocos sacerdotes por ahí se tambalean, y abandonan su misión o la desvirtúan; cuando el diablo ha desatado esa tormenta tremenda contra la Iglesia de Jesucristo, es especialmente necesario que los que recibís en Casa la ordenación sacerdotal os entreguéis sin regateos: que estéis decididos a sentirlos y a ser siempre sacerdotes cien por cien. Vuestra mentalidad laical os defenderá de aquel clericalismo, que —hoy como ayer, aun cuando las formas sean distintas— lleva al entrometimiento en las cuestiones de orden temporal.

Debajo de eso que llaman *denuncias proféticas* o *compromiso para la liberación total*, o con otras expresiones igualmente equívocas —un nombre religioso para una finalidad arreligiosa, y no raramente anticristiana—, se encuentra con frecuencia un afán desordenado de dominio, de *hacer cabeza*, y hasta un intento de substituir la fe de Jesucristo por la ideología marxista.

Cuando en algunos ambientes descristianizados —probablemente por culpable omisión de esos mismos eclesiásticos, en el cumplimiento de su misión específicamente espiritual—, esas personas han visto que su labor propia sacerdotal no les situaba ya en una posición destacada y dominante, se han convertido en agitadores políticos, con pasaporte eclesiástico. Desgraciadamente, es

esta una historia muy vieja. Las estratagemas del diablo no son muy variadas: quizá no se esfuerza más, porque comprende que siguen surtiendo efecto.

45 Reforcemos nuestra esperanza. Acudamos a Nuestra Madre Santa María, que es nuestro refugio y nuestra fuerza: *Sancta Maria, Refugium nostrum et Virtus!* Cuando se tiene responsabilidad de almas, la situación actual de la Iglesia puede producir desánimo, viendo cómo se difunde impunemente el mal.

Pero Dios no pierde batallas. Hemos de llamar continuamente a la puerta del Corazón Sacratísimo de Jesucristo, que es nuestro amor, y del Corazón Dulcísimo de María, que es nuestra salvación; y no olvidar que, para el Señor, los siglos son instantes.

Tranquilos, tranquilos, hijas e hijos míos, que el día nuevo se acerca, lleno de paz y de claridad. Estaremos tranquilos, serenos, si no perdemos la conciencia clara de que no somos nada, no podemos nada, no valemos nada sin el Señor: *sine me nihil potestis facere* (Ioann. XV, 5). Hemos de poner nuestro esfuerzo, en la propia vida espiritual y en la labor apostólica, pero con el convencimiento de que el fruto depende sólo de Dios. La oración, ésa es nuestra fuerza: no hemos tenido nunca otra arma. Perseveremos, que el Señor nos oirá.

Todo esto se desvanecerá, como lo que es, como una diabólica pesadilla, aunque quizá no hemos llegado todavía al momento más oscuro de esta mala noche. Pero es seguro que amanecerá. Y el Señor se gozará especialmente en los que le hayan permanecido fieles: *que vuestra fe probada de esta manera y mucho más acendrada que el oro (que se acrisola con el fuego) se halle digna de alabanza, de gloria y de honor en la venida manifesta de Jesucristo: a quien amáis, sin haberle visto, en quien ahora igualmente creéis, aunque no le veis; pero porque creéis os holgaréis con júbilo indecible, y colmado de gloria, alcanzando por premio de vuestra fe, la salud de vuestras almas (I Petr. I, 7-9).*

36 No es inexplicable mi angustia, ni exagerada mi aprensión en estos instantes: cuando hay tanto choque por todas partes, la buena doctrina parece que vacila por todos los lados, y en ningún sitio faltan gentes capaces de atreverse a inventar tantas falsas e innecesarias *reformas*, que no responden a necesidades de los demás, que están felices con la vocación de cristiano, que confirman con su vida santa.

Son —las que se mueven con tanto alboroto— herejías ocasionadas por la mala conciencia, que busca justificación a las pasiones, a la negligencia y a muchos errores prácticos, que

no deja a esas personas tener quietud en ningún sitio.

Porque los defectos y esquinas de esos pobres, que —por ser de ellos— se atreven a calificar descaradamente de celo virtuoso, les convierten en anárquicos, inhábiles para participar con humildad y eficacia en ningún apostolado: ellos mismos, sin paz interior y sin alegría espiritual, son cizaña que pretende destruir las virtudes capitales de los hermanos, con hipócritas y desleales sinrazones de mentirosa eficacia.

Duele pensar que pudiera pasar entre nosotros algún caso, pero de la bondad del Señor esperamos que no sucederá. Aunque les seguiríamos queriendo, sería penoso descubrirles subidos en un árbol sin el noble afán de Zaqueo, para ver a Jesús (*Luc. XIX, 4*), porque se encaramarían haciéndose ayudar por sus hermanos, para lucir ellos en lo alto. Y no lucirían, porque no tendrían luz: darían amargura y, si la caridad no nos frenara, darían risa, por el despego que fingirían mostrar, por el modo lejano y frío de comportarse.

Se habrían apartado del espíritu, al abandonar el cumplimiento de las normas de piedad que fortalecen la vida interior, y poco a poco les habría ido calando en el cerebro y en el corazón un monstruo, que no les dejaría percibir la sencilla verdad de nuestra llamada divina: y, si la perci-

bieran, como tendrían manchados y torcidos los ojos del alma, su personal jactancia les confirmaría en sus tristes desvarios.

37 Cuenta San Lucas (cap. VII, 26 y ss.) que un fariseo, llamado Simón, rogó al Señor que fuera a comer a su casa. Todos recordáis la escena. Entró una mujer pecadora, que ungió con un perfume precioso y con sus lágrimas los pies del Maestro. El fariseo iba pensando: si este hombre fuera profeta, bien conocería quién y qué tal es la mujer que le está tocando, que es una mujer de mala vida. Jesús, respondiendo a este pensamiento, le dijo: *Simon, habeo tibi aliquid dicere*; Simón, tengo que decirte una cosa.

Hijas e hijos míos, vigilad: porque es posible que no falten fariseos que dejen de cumplir los deberes más elementales de su condición y, en cambio, traten de ejercitar derechos de *mangoneo* —murmurando, olvidándose de que en nuestra familia todos tenemos la obligación de decir lo que pensamos, con sencillez, con respeto y decididos a obedecer después sin restricciones mentales —derechos de *mangoneo* escribía, que no les competen, que son un abuso de confianza y que van contra la ley divina y contra el trato fraterno que merecen todos mis hijos.

A esos pobrecicos, si los hubiera, a cada uno, habría de dirigirme yo ahora, diciéndole también:

Simon, habeo tibi aliquid dicere. Te crees más que los otros, cuando la realidad es que te has puesto a vivir *a tu aire*, haciéndote *cesiones*, que no te puedes conceder, que te empujan a pensar en labores que no te corresponden y para las que no tienes ni formación ni gracia de Dios, que te van llevando casi insensiblemente a la indiferencia en lo que te debía ser más querido; y, si no pones remedio, el remedio de volver a vivir como viviste cuando tenías buena conciencia, te arrastrarán al fracaso de tu vida y hasta a la apostasía, porque perderás incluso tu camino de cristiano, mientras desprecias como Simón a quienes honran a Cristo.

38 Deja, hija o hijo mío, de ser sabihondo, sabihonda: sabio no eres, aunque tu soberbia te diga lo contrario. Deja de dedicarte al visiteo perjudicial o inútil, impropio de un alma de Dios, que ha de estar siempre ocupada en las cosas del Padre Celestial. Deja de ser un charlatán incorregible, sin gracia, aunque tu vanidad pueril te haga pensar que eres ocurrente y divertido: eres solamente cargante y chabacano, adjetivos que no habrían de aplicarse nunca a un cristiano, por mediana que sea su formación.

Que somos *monolíticos*, has dicho. No podías hacernos nunca mejor elogio. Ya que, en lo terreno —es posible que tu ofuscación no te lo permita contemplar, siendo patente— sólo estamos

de acuerdo en no estar de acuerdo; y, en cosas de fe católica y de moral, todos —en cambio— estamos conformes en todo. Ya tienes aquí un *monolito* divino, que sólo al diablo le puede gustar que se quebrante.

Hablas quizá de que no ves cómo se puede conjugar la libertad personal y la obediencia. Muy podrido has de estar o muy corto es tu entendimiento, si no comprendes que la libertad personal, la obediencia, el trabajo colegial y el apostolado se hacen compatibles a la manera como se conjugan la gracia divina y la libertad humana: del ejercicio de esa compatibilidad nacen las virtudes y los vicios.

39 Con este amor a la libertad personal y con el deseo de corresponder a la gracia de Dios, amamos en el Opus Dei el Magisterio eclesiástico. Porque el Magisterio custodia e interpreta la palabra divina, los santos la viven, los teólogos la explican, los predicadores la extienden y siembran.

Esta es la fortaleza de nuestra doctrina, que me obliga hoy a *tocar de nuevo la campana gorda*, y que a todos nos hace vivir siempre para servir a nuestros hermanos en primer término y, a través de la Obra, a la Iglesia Santa, al Romano Pontífice y a todas las almas.

Con mucho cariño os he escrito, con el de siempre, aunque por las circunstancias actuales de los cristianos haya podido parecer duro. Con cariño, lleno de esperanza en vuestra fidelidad, os bendice vuestro Padre.

Mariano

Roma, 17 de Junio de 1973,
Domingo de la Santísima Trinidad.